



Pandemia y conflicto⁴

José García Noval

Diario *elPeriódico*

El señor Eduardo Mayora, en un artículo del 23 de abril en *Prensa Libre*, escribe sobre 'Las izquierdas y la suspensión de actividades'. Principia con una frase que me parece acertada, que 'va a cometer el pecado de generalizar'. Pero, sin duda, hay un problema mayor y desafortunadamente común, la simplificación en la interpretación de ideas y conductas en tiempos de crisis. Explicaré muy brevemente algunas razones.

Si lo que quiere decir es que en este momento de crisis hay pensamiento y expresiones maniqueas, le doy toda la razón. Y eso les encaja a ciertas expresiones ideologizadas de cualquier signo (izquierdas y derechas). Pero, si dejamos de lado los torrentes de opinión por las redes sociales, y algunas en la radio y columnas en órganos de prensa, podríamos visualizar personas y grupos pensando seriamente el problema bajo la perspectiva de 'la ética de la responsabilidad'. Puedo imaginar dos cirujanos en el quirófano que, con diferencias ideológicas, hacen el mejor esfuerzo por salvar al paciente que tienen que intervenir.

Hasta ahora, quienes han cumplido de mejor manera su trabajo son los especialistas en salud (epidemiólogos, infectólogos y salubristas). Y son ellos, quienes, sustentándose en el conocimiento científico posible (reitero: posible), han recomendado con claridad medidas como el aislamiento y/o distancia. Pero los salubristas saben que la cuestión económica '¡también es salud pública!' Eso lo ven con claridad personas con quienes he mantenido alguna comunicación, que sin duda serían calificadas de "izquierdas" en Guatemala.

4. Publicado el 25 de abril de 2020. Tomado de <https://elperiodico.com.gt/opinion/2020/04/25/pandemia-y-conflicto/>

Hay que reconocer que la 'contradicción' entre las recomendaciones de salud pública para afrontar el problema 'concreto' de COVID-19 y las consecuencias de la contracción económica no tiene una salida unívoca. La salida amerita, precisamente, un entendimiento a la luz de la 'ética de la responsabilidad y de la solidaridad humana'. En todo caso, el momento exige algunos esfuerzos ineludibles: uno es el esfuerzo intelectual para encontrar la mejor salida con el menor daño posible (lo que en salud pública es conocido como la limitación del daño), el segundo es la identificación y control de intereses (donde encontraremos un enemigo gigantesco: la codicia, ahora sí, por encima de la vida humana).

Pensando en esa dirección es necesario reemplazar las consignas de una derecha que pinta extrema, como la de '¡No más cuarentena obligatoria!' 'Queremos nuestras libertades'... (seguramente incluyendo la de viajar al camposanto), por una propuesta racional que 'inevitablemente significará sacrificios'. Pero esa propuesta debe ser observable, analizable y sometida a discusión por especialistas en distintas disciplinas y sectores de población afectados, y no sólo dentro de los cotos de poder omnímodos.

Hay ideas cuya contribución puede ser importante en un momento dado, pero saber escoger el momento es parte de su utilidad. Por ejemplo: (1) Limitación de actividades, reduciendo en lo posible los contactos y propiciando las distancias, por medio de estratificación de trabajo (realización de turnos), donde hay alta concentración de trabajadores. Lo cual podría tener efectos en el transporte. (2) Vigilancia epidemiológica en centros de trabajo con determinado número de trabajadores, a cargo de un auxiliar contratado o capacitado (toma de temperatura, vigilancia de conductas, detección de síntomas tempranos, etc.). (3) Mayor número (significativo) de pruebas a sectores y personas según estimaciones de posibles riesgos. (4) Puestos de control en carreteras y poblaciones con posibilidad de efectuar procedimientos de desinfección. (5) Horarios flexibles, atención escalonada (en bancos, supermercados, oficinas estatales y comerciales), etcétera. Hay otras sugerencias que he escuchado a especialistas que no puedo agotar en este espacio, pero valdrá la pena tomarlas en consideración.



Para aproximarnos a evaluar la posibilidad funcional de las medidas es necesario el esfuerzo de quienes pueden orientar a la ciudadanía en ciertos temas. Se trata de proponer explicaciones prácticas que sustituyan a los reflujos ideológicos. Es claro que tan importante como el manejo escrupuloso de los recursos del Estado para abordar las crisis que vivimos es hacer una distribución más justa de los ‘sacrificios económicos’ de los habitantes del país (ya ni siquiera estoy hablando de la distribución de la riqueza). Sabemos que la tragedia de la ausencia de recursos para vivir será más grande que los daños provocados por el virus; sabemos que, como siempre, los pobres serán los más grandes perdedores. Pero habrá más perdedores. La clase media tiene el riesgo de continuar en picada; y en ese sector podemos incluir a profesionales universitarios, burócratas, maestros, pequeños y medianos empresarios (incluyendo quienes han logrado alguna vida cómoda y segura pero no son ni llegarán a ser potentados). Sabemos que las dificultades de esos sectores afectarán el empleo de hombres y mujeres de ingresos medios y, por supuesto, a personas dedicadas a distinto tipo de servicios precariamente remunerado, así como los que subsisten en el sector informal.

Entender que la pobreza es un terreno donde la contabilidad de los muertos siempre es mayor, incluyendo las epidemias, como la de la influenza de 1918-1919, no necesita la infraestructura neuronal de la genialidad (aunque existan “efectos paradójicos” que, por infrecuentes no me referiré aquí). Pero si alguien quiere ilustrarse sobre el tema de los efectos en casos de desigualdad y pobreza podrá encontrar ejemplos en la literatura médico social más sólida (véase, por ejemplo, las obras de Angus Deaton, Premio Nobel de Economía 2015; o en las obras de Richard G. Wilkinson como *Unhealthy Societies, The Impact of Inequality o The Spirit Level*. Latinoamérica desde hace décadas ha sido generosa en producción seria de ese tipo de investigación).

Un problema importante en el momento de abrir las actividades económicas tempranamente es el de las condiciones miserables de los servicios de salud desde hace muchas décadas. Las razones son la exigua asignación de recursos a salud pública y el saqueo de los recursos del Estado. En ambos casos hay sectores con graves res-



pensabilidades (políticas y económicas). Si no se tiene conciencia de cuáles son esos sectores y sus obligaciones actuales, posiblemente sea necesario reescribir un nuevo *Ensayo sobre la ceguera*.

Los migrantes no son delincuente⁵

Editorial

Revista digital *Gazeta*

Como es de todos conocido, el COVID-19 es un virus importado, es decir, ha llegado al país en el cuerpo de personas que estuvieron en ambientes donde el virus ya circulaba. El Gobierno de Guatemala consiguió, relativamente, detener la importación desde Europa, aunque del primer caso, lamentablemente fallecido, el gobierno no tenía información de su contagio, a pesar de que se le había declarado en cuarentena. Al no tomarse las medidas sanitarias pertinentes, el virus se esparció en Chimaltenango.

Pero ese éxito parcial no ha sido similar con los migrantes deportados por Estados Unidos, eufemísticamente llamados retornados involuntarios, por razones que tienen por detrás las prácticas clasistas y racistas del Estado guatemalteco y la élite económica. Año con año, el número de guatemaltecos devueltos al país ha ido en aumento, solo el año pasado fueron deportados 52 mil 503 guatemaltecos por Estados Unidos y 46 mil 669 por México, superando en 7 % a los que llegaron en esas condiciones en 2018. Pero esto en nada ha preocupado a quienes financian sus lujos y ganancias con las remesas, pues día con día son miles de guatemaltecos los que tratan de llegar a Estados Unidos y ocupar los espacios laborales dejados por quienes han sido deportados.

5. Publicado el 26 de abril de 2020. Tomado de <https://gazeta.gt/editorial-121/>